

*Mas afuera, se estanca plácida alrededor de un bote abandonado en el lodo de Hasel-dorf, endureciéndose transparente en torno a los pinos en la marisma de Durwenstedt y los bosques de las montañas negras, plagiando la dulzura de un plumaje en la turbera de Glasmoor, o siendo flor en ciernes de manzano en los vergeles del Viejo País. Y de noche, se descolgará nuevamente en tules de plata sobre la línea centellante que dibuja en el cielo la urbe. Pero los cambios que sufre no hacen olvidar que es una luz sombría; originalmente, a lo más, un gris claro sobre una ciudad reposada y llana. Hamburgo se parece a Copenhague y a Stockholm aunque Copenhague es una ciudad alegre, al contrario de Hamburgo, y Stockholm está construída sobre granito, mientras que Hamburgo lo está sobre marismas y sequeros. Mas su arquitectura y su ambiente están al mismo nivel que el de las metrópolis escandinavas; no tiene el carácter oceánico universal de Londres, ni la profundidad metafísica y artística de Amsterdam o Danzig. No hay grandes pintores hamburgueses. En materia religiosa la ciudad jamás llegó más allá del Mesías de Klopstock. Por lo demás, no niega su tendencia por la sobriedad pero se esfuerza en no deslizarse hacia el desencantamiento; transforma su moderación en una especie de poesía del razonamiento; en los poemas de Brockes, las reflexiones teatrales de Lessing y una vez, una sola vez, en la profundidad y el fervor sincero de las canciones del Mensajero de Wandsbek. El Racionalismo se transforma aquí en luz interior. Se opinaba que era esta una iluminación relativamente simple para las almas solitarias en los barrios del viejo Hamburgo, particularmente en la calle llamada la Magnificencia, y en las callejuelas que rodean la vieja iglesia de San Jacobo, que lanza con vuelta de espiral su casco verde hacia el firmamento. Estos barrios ardieron. Mas, tras el racionalismo tradicional de Hamburgo, tras las fachadas de la nueva era*